

## MIENTRAS EXISTA EL VERANO

- A.B. y N.S. -

*Para todos aquellos a quienes los años  
no les han robado la capacidad de soñar...*

Canta un gallo. A lo lejos, se escucha el ladrido de unos perros a modo de respuesta o de amonestación. Me incorporo soñoliento de la cama. Atrás ha quedado la noche y con ella, el coro de grillos, ranas y sapos que desde su charca entona su eterna canción de luna. Ahora la mañana que comienza a despuntar en Gaibiel me saluda desde la ventana. Debe ser temprano aún. Desde la cama, oigo como mi abuela ha comenzado a arreglar la casa. Está barriendo la entrada y el suave ris-ras, ris-ras de la escoba acariciando el suelo me adormece un poco. Sin embargo, decido levantarme. Es Agosto y a estas horas, cuando el sol aún no ha decidido enviar sus rayos con toda la fuerza de la que es capaz para abrasar las calles de Gaibiel, el pueblo es un verdadero hervidero de actividad.

Mientras el tazón de leche aún humea sobre la encimera, me visto perezosamente. Por la ventana, observo a la gente dirigirse camino de la plaza. Decido coger algo para comer y sumarme a ellos.

Las calles están algo húmedas. Mi abuela no es la única en limpiar la entrada de casa a esas horas. Numerosas mujeres, con la escoba y un cubo de agua en la mano, refrescan su pequeña parcela de intimidad compartida mientras comentan entre risas sus andanzas o los últi-

mos cotilleos del pueblo. Llego a la plaza. Un trago de agua fresca de la fuente me devuelve poco a poco la vida. Me siento a esperar. Pese a que la hora es temprana, aquí y allá han empezado a formarse corrillos de gente.

Unas ancianas, no necesariamente vestidas de luto, salen de la iglesia tras escuchar su misa diaria y forman un grupillo. Algunas, las más madrugadoras y previsoras ya llevan colgada la bolsa con el pan para el día. Lo cierto es que el suave aroma de pan y dulces recién horneados llega hasta aquí.

Junto a la verja, un grupo de hombres ha preparado ya una mesa para almorzar. La cebolla recién cortada, el aceite de oliva, los tomates recién cogidos, el vino que ya comienza a escanciarse por la mesa, o el humo de ese cigarrillo que alguien acaba de encender se funden en armonía con las voces alegres que poco a poco van llenando la mañana en Gaibiel de vida.

De la calle Mayor, llegan las notas de un acordeón que se va acercando hacia la plaza al compás de una antigua melodía. El resto de la pandilla va llegando y se recosta perezosamente contra la fuente. Con las toallas ya enroscadas en los manillares de las bicicletas, se decide que, por fin, hoy vamos todos al río a bañarnos. Entre gritos, cruzamos el pueblo. La ermita de San Blas va quedando atrás hasta que por fin, se avista el molino. La maraña de juncos, cañas,





*Calle del Rosario.*

zarzas... se extiende como una selva que custodia el agua que corre entre las piedras.

Mientras los más rezagados continúan cogiendo moras, los más atrevidos ya se han zambullido en el agua y salpican a los que, indecisos, no se atreven a dejar la roca en la que están adormeciéndose al sol.

Y así, entre el calor del sol y la picadura de algún que otro tábano, transcurre la mañana en Gaibiel y deja paso al mediodía.

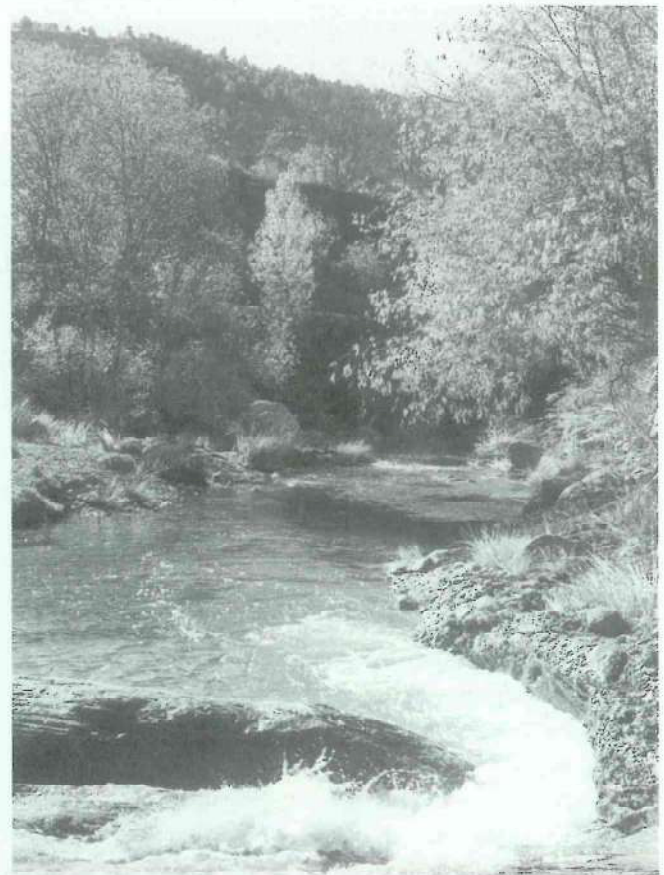
El frescor de las sandías, los melones o quizá el de un helado no consigue resucitar a los habitantes del pueblo, que en las horas de más calor prefieren dormir una siesta apacible al resguardo del fresco interior de las casas.

La vida no vuelve a las calles hasta que ese sol de canícula deja de castigar con fuerza. Porque en Gaibiel, en invierno hace frío, pero en verano, el calor también se deja notar.

Tras la siesta, y especialmente al atardecer, la carretera que flanquea el pueblo como una sinuosa guirnalda comienza a llenarse de gente. Una extraña y variopinta procesión compuesta por gente de todas las edades comienza su Camino de Santiago particular. Todos salen a pasear por la carretera. Unos, hacia la fuente de la Vall, otros hacia la fuente El Vicario, algunos se deciden por el nacimiento o el cerro de las Simas, hacia Matet, mientras que los más atrevidos (más que nada, porque ya son ganas de subir tanta rocha con ese calor), deciden dirigirse hacia la Balsa de los segadores.

Y así, poco a poco, con la misma tranquilidad con la que los paseantes siguen su ruta, las primeras estrellas se asoman en el cielo, anunciando la noche.

Ahora que las primeras estrellas han empezado a teñir de gris mis cabellos, anunciando el anochecer de mis días, yo sigo volviendo cada verano a Gaibiel.



*El "Pozo Cacao".*

Durante todo el año he ansiado dejar atrás la ciudad, con su rutina, sus horarios, su ajetreo,... Gaibiel me espera. Cuando llega el verano, abre sus montes para acogerme entre las ramas de sus pinos, en el agua de sus fuentes, entre las zarzas que me han visto crecer, que me han visto reír con mis amigos cogiendo moras...y llorar entre sus espigas.

Entre estos montes, el único lugar donde no me siento un extraño. El descanso del guerreo, donde por fin puedo detener el caos urbano en el que se ha ido convirtiendo mi vida a lo largo de los años, sin que ni tan siquiera yo mismo haya sido consciente de la vorágine que ha ido consumiendo mis días.

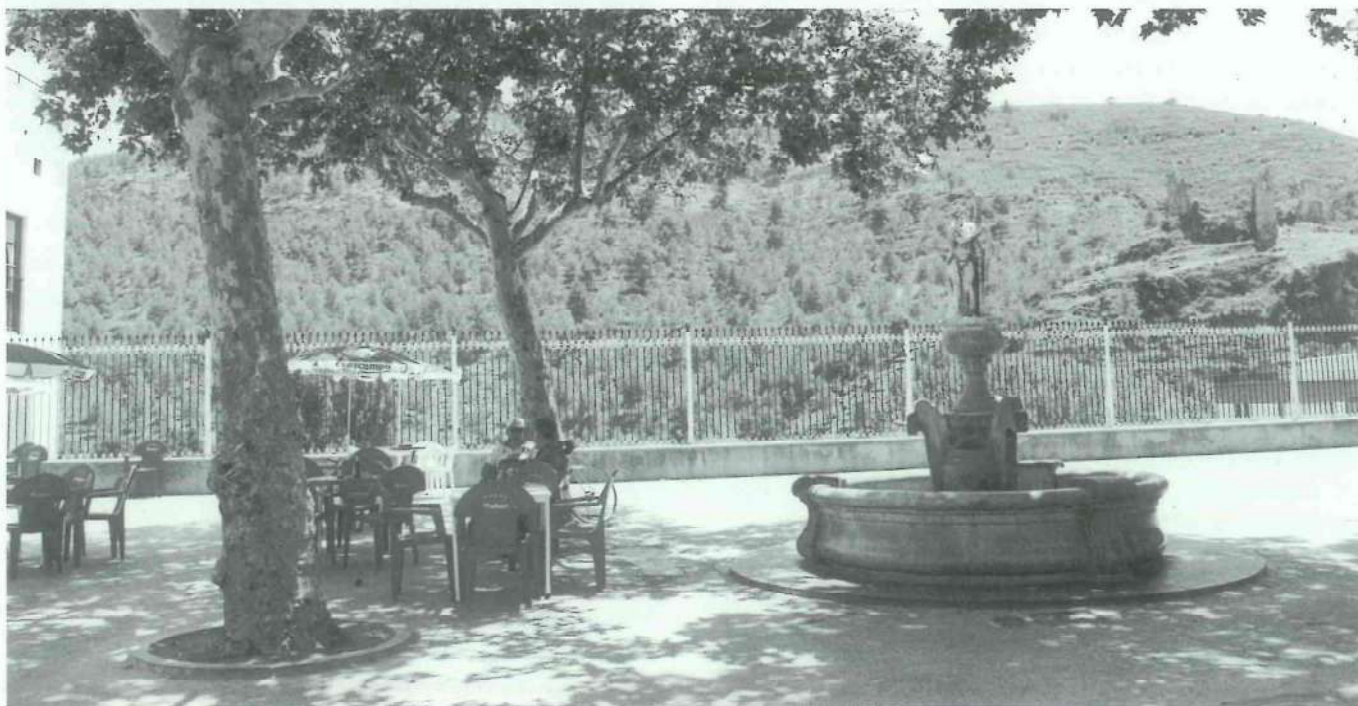
Quizá sea eso lo que realmente tenga Gaibiel. Por un tiempo, crea la ilusión de la infancia, del retorno a ese niño que no hace tanto tiempo correteaba por sus eras, subía en bicicleta a la balsa de los Segadores o merendaba en el camino la Vall. Que escondía grandes tesoros en el depósito viejo o por el kilómetro uno, tesoros de botones, canicas e incluso alguna que otra bala tomada "prestada" al tío Romanero en un descuido mientras herraba. A ese niño que juraba con sus amigos que aquello duraría para siempre, aunque a veces ese para siempre sólo durase tres veranos.

Por un tiempo, todos los sueños vuelven a ser posibles, está permitido levantar la mirada al cielo, o a las ruinas del castillo y soñar, o hacer castillos en el aire. Es como si el tiempo no existiese.

Hoy, desde la plaza una mirada nostálgica se levanta de un chato de vino. Por las arrugas de su rostro y lo curtido de su piel debe rondar los 80 años.

Sin embargo, cuando sus ojos atraviesan la plaza y simulan mirar más allá de la verja que abraza la plaza, más allá del castillo o de la Umbría, sus ojos hablan, velados por el recuerdo, de aquel chiquillo de diez años que cada verano, año tras año, se reunía con los amigos y soñaba con un mañana que para él ya se ha convertido en pasado.

Pero cada vez que un chiquillo rueda a su alrededor gritando, o jugando con cualquier cosa, sonrío y pienso que, mientras exista el verano y mientras esté en Gaibiel, la capacidad para seguir soñando y disfrutar con la vida sencilla de quien se conforma con guardar en su alma una puesta de sol y un puñado de sonrisas y buenos recuerdos no la perderá nunca.



La Plaza.